

La Residencia

Juan José Coronado Fernández

Cuarto accésit

“Nadie tan ingenioso y vivo para las chanzas como Luciano”, así lo llamaré. Su desbordante humor hace ligeras las más pesadas, su bonhomía salva del ridículo al embromado. Es sutil, disparatado, un mago del *calembour* y de la retórica festiva. Logra dar en instantes un giro a los hechos, obliga a ver desde otro prisma lo que acaece. No abusa: la primera regla de su conducta es que disfruten todos, víctima incluida, y a fe que lo consigue. A su final todos ríen, la víctima el primero: es un juego festivo del que no brota la sangre -en apariencia- y con el que todos se solazan.

Su última proeza: el enamoramiento del joven Padilla. Un poco fuerte a su final, con el aviso que se le hubo de dar al enamorado y la petición de disculpas a la directora de la Residencia vecina:

“Distinguida hermana”, le escribía en su misiva, “tenga a bien recibir las disculpas que, como director del Colegio masculino, transmito a usted y al resto de su equipo de Dirección en mi propio nombre y en el de mis educandos. Nunca antes un suceso parecido había ensombrecido las cordiales relaciones que hasta la fecha manteníamos ambas instituciones, y que este desgraciado incidente no debería de enturbiar...”

“...Por mi parte”, concluía en su respuesta la directora, “doy por zanjado el asunto en lo que al buen nombre de su institución respecta, pero quiero tener constancia de que ese alumno ha sido expulsado y expedientado académicamente”.

“Demasiado”, exclaman a coro los embromadores “esta vez la hicimos buena”.

El estudiante Padilla soñaba con encontrar el amor. Tímido y retraído, vagaba hasta horas avanzadas por los jardines de la Residencia masculina, arrobado en la amorosa contemplación de los mil secretos de la noche. Solía escribir poemas, peor aún, se ofrecía a leerlos. Falto de mundo, tomaba la silenciosa aquiescencia de Luciano como una interesada expectación ante sus progresos. “Nulla dies sine linea”, solía recibirle Luciano cuando se encontraban en la cafetería; y el estudiante Padilla se esforzaba en escribirlos, y en leerlos, día tras día. “Nulla hora...”

Pero un mal día se enamoró de un ser tangible. Y no de cualquiera, sino de la beldad más apetecida y soñada de la Residencia vecina. De su directora.

“...Sucede”, respondía Luciano en nueva misiva “que nuestro tutorando don Miguel Ángel Padilla es dueño de una especial personalidad, que haría más aconsejable su permanencia en este centro. Es un estudiante introvertido, de gran rendimiento escolar e inteligencia vigorosa, pero con tan escaso contacto con el mundo que llega a ser presa fácil de otros

compañeros menos doctos, pero más aguerridos y expertos en las mofas estudiantiles...”

“...Haga que le expulsen”, recibió por toda respuesta. “Claro que sí, y lo haré sin duda en cuanto la investigación que he comenzado llegue a su conclusión, pero mientras ésta se realiza suspenda su natural enojo y déjenos encauzar serenamente a un joven de provecho, religioso y de distinguida familia, al que un exceso sanguíneo le ha puesto fuera de control por un momento; hágase cuenta del daño irreparable que...”

“¡Por vuestra culpa!”, increpa Luciano a sus contertulios. “Nunca apreciaréis la intensidad de una suave ironía. Al contrario, cuanto más sal gorda lleve, ¡mejor!. Sois unos patanes, unos revisteros del teatro chino”. Los contertulios, entre los que no falta ahora Vicente E., psiquiatra reciclado en Frankfurt y que ha hecho de la Residencia Universitaria su verdadero hogar, reciben el chaparrón con desaliento. Ellos forman la avanzadilla veterana de aquella institución: R., Penene de Económicas, S. de Derecho Penal, “Lobo” Rodríguez, un suramericano treintañero que confía en llegar pronto al Ecuador de su carrera de Medicina. También se hallan presentes algunos de los estudiantes más veteranos, ocasionales compañeros de ronda en más de una ocasión: todos han hecho de la Residencia su hogar, su empresa, la única razón de su proyecto vital.

“Y tú, cretino, ¿cuándo vas a despertar?. ¿Crees que una mujer de bandera se iría a interesar por un pelele como tú?”. Padilla intenta defenderse: “A mí

me dijeron que le gustaban mis poemas, incluso vino una chica de la Residencia con un mensaje suyo...". "¡Ya! Y te da la cita en su dormitorio. Y tú vas y te lo tragas. Y encima te cuelas por la ventana como un Tenorio, sin comprobar su veracidad". "Bueno, en la carta me pedía..." "¡Oh, calla, estúpido! Te mereces lo que te pase".

"Mirá, vos, Luciano", titubea Ramírez; "el daño hecho está, no hay más que contentar a la doña. Si pudiéramos arreglarlo, ¿vos creés que nos estaríamos quietos?. Pero la doña está por la sangre, no hay más que leerla". Luciano se echa a los ojos un nuevo párrafo y deja la carta con desaliento. "Y además es monja, ¿lo sabían, no?". "Bueno, algo parecido a las teresianas." "No, no, monja de verdad, nada de seglares. Es de esa orden que acoge a chiquitas descarriadas para que el lobito no se las jale, ¡uhmmm!...". "Va, cállate", tercia el psiquiatra "aunque si es monja la hemos hecho buena. Y que sólo se joda a Padilla...". "¡Ah, pero ¿por fin lo conseguí?. No sabía yo, no...".

"¡Basta! ¡Basta!. Ahora mismo le pido una entrevista y le cuento lo sucedido".

"Señor Director de la Residencia Masculina:

No veo oportuno concertar esa entrevista que usted me solicita. ¿Para qué hacerlo?. Usted vela por uno de los suyos, cosa natural y lógica, y le duele apartarlo de su vista, pues ¿no está escrito que el pastor sufre más y se desoja por la oveja descarriada, y que en pos suyo recorre los montes y las

hondonadas y vaga trémulo, hasta que por fin logra que vuelva al redil?. Así usted con su alumno.

No me mueve un afán de venganza, ni la sed de justicia estricta. Años ha que mi corazón se cerró al odio, impregnado del puro amor que por Jesús siento. En cuanto a la justicia, ¿cuál, de entre los hombres, podría rectamente ejercerla? Hemos de tomarla siempre como paradigma ejemplar al que los humanos acudimos para regular nuestra convivencia; porque la justicia auténtica no se halla en los códigos ni en las leyes, sino en el afable Corazón de Aquel que nos ama, todo caridad.

Yo le pido que sancione a su interno, y no hay contradicción expresa con mis palabras anteriores. La misericordia hacia el pecador no nos exime de intentar corregirlo, y no hay mayor correctivo que hacerlo sabedor de su tremenda falta, de su comportamiento indigno para el resto de la Comunidad Universitaria...

Los excesos sanguíneos a los que con mejor voluntad que acierto hace usted referencia son consustanciales a la entidad física de la persona. ¿Pues qué? ¿Es que yo ignoro acaso la lascivia que mi cuerpo despierta en las miradas?. Pero de Dios lo he recibido como prueba tremenda, y pese a mi natural recato sigo expuesta a ser fuente de concupiscencia ajena, frente a cuya ansiedad mi pudor no basta a dar tregua; y en cuanto a mí misma, hágole conocer los tremendos esfuerzos que he de hacer contra mi voluntad para no aceptar su petición de recibirle y entablar una amistad franca con quien, como bien es

sabido, es poseedor de una misma educación cristiana y de una mente formada y sabia. Días he tenido en los que me habría gustado intercambiar con usted alguna de nuestras comunes experiencias educativas, concedora por referencias del buen pulso con el que sabe usted llevar su nave.

Pero contengo mi pluma. Basta que me sepa deseosa de hablarle para que de inmediato vuelva los ojos a Dios Nuestro Salvador, evitando así que el Maligno, a través de su inocente persona, disturbie mi alma hacia insanos pensamientos...”

La respuesta de Luciano no se hizo esperar. “¿Y qué puedo decirle yo, mi querida hermana? ¿Cree que mis ojos no han sido hechos para ver? Pero no siento, como Orígenes, la tentación de extirpármelos porque me hacen pecar; pues en vuestra contemplación no hay atisbo de malicia alguna y siento, al contemplaros, que sólo Dios en su Bondad Infinita pudo regalarnos un tan puro instrumento de perfección como lo es vuestra existencia, que aleja de nuestros ojos la torpeza y nos mueve a la superación carnal...”

“Conteneos”, le censuraba en su respuesta la Directora. Pero Luciano no cedía: “...si es que aún pensáis, como antaño, que los cuerpos fueron hechos para el pecado y no para el estímulo hacia el Supremo. Cuerpo somos, y hemos de expresarnos corporalmente, y por más que nuestros pensamientos se alcen, alevés, hacia su gozoso destino, hemos de recordar que han de ser expresados por la carne; y es en la sonrisa de un

niño, en la suavidad de una voz que implora, en la mirada que confía su alma a otros ojos que se mecen en ella por donde podemos ascender hacia Dios Nuestro Señor, Fuente de tanta maravilla. Sin recato os confieso que, hasta donde mis conocimientos lleguen sin rozar la blasfemia, pienso que aquellos cátaros, aquellos albigenses y pelagianos que buscaron a Dios a través del contacto físico no iban descaminados, pues ha sido en los cuerpos donde Dios ha esmerado su obra, por la que merece toda loa; y en el vuestro hizo Dios maravillas...”

“Quiero pensar que os burláis, trataba de enfriarlo la directora, y que no sois en el fondo sino una piedra más en el camino de condenación hacia el que se encamina vuestro pupilo. Si os escribí no buscaba que me hicierais objeto de burla, sino confiaros aquel exceso que me atormenta y tras el que buscaba, pobre de mí, que dierais salida digna a su turgencia; pero en pago de mi confianza recibo una opinión herética sobre quienes ya fueron condenados por Nuestra Madre la Iglesia. Sabed que... pero, basta. Me está bien empleado por desconfiar de la ayuda de Dios Nuestro Señor y recurrir a los humanos para apaciguar la llama, siendo así que es la estopa la que hace aventar el incendio, en vez de apagarlo...”

“Deje hablar a su cuerpo”, le exhortaba Luciano; “él sabrá explicarle la razón de sus desvelos. No lo tuerza ni afrente: dejado en libertad le sanará el alma...”. “No me atrevo, amigo mío tan querido, mi sosiego y mi fuerza —sollozaba en su nueva misiva la

directora. ¡Es tan horrible todo...!". "Entonces, deje que ese mismo amigo le revele sus misterios ocultos de su cuerpo, esos que ni usted misma, con ser su dueña, conoce aún..."

"Dios me perdonará, querido amigo. El próximo viernes, su capellán vendrá a nuestra Residencia para dirigir nuestros Ejercicios Espirituales. Tengo el propósito de pedirle, cuando el Señor Obispo haya llegado y la clausura sea absoluta, que me envíe a vuestra Institución y a su propia celda para orar en soledad, lejos de los problemas cotidianos. Permitid que me acerque a usted, y que le sepa cercano, aunque mi cuerpo no le vea..."

Los preparativos de Luciano rozaron la locura. Hizo trasladar de habitación a media residencia, con el fin de que los aposentos del capellán quedaran aislados; se adjudicó una habitación al comienzo mismo del ala y dio orden taxativa de que no entrara nadie en aquel anexo, ni siquiera el personal de limpieza. A media tarde, una dama silenciosa hizo su entrada en el Colegio y, con los ojos bajos, se dirigió a los aposentos contiguos a la capilla".

Esta es la historia que, con los ojos entrecerrados, me va contando Gerard. Me sirvo un nuevo whisky y trato de saber algunos detalles, pero me pide que calle, y continúa narrando:

"Aquella noche, Luciano entró en los aposentos celados. No era una dama quien los ocupaba. En el primer momento, la sorpresa por encontrar dentro a sus amigos le quita el habla. Después se irrita,

sospecha, pero aún no cede: exige pruebas, datos, concreciones; no acepta que él mismo pueda ser el objeto de la broma. No le parecen bien las fotocopias de las cartas, rechaza incluso los borradores; podrían haber sido hechos desde las cartas, eso ha sido, han entrado en su cuarto y se las han hurtado antes de reenviarlas. Pero la letra es exacta. Le piden que se vuelva de espaldas: uno, no importa cuál de ellos, toma una hoja en blanco y reproduce letra por letra, signo por signo, casi palabra por palabra el contenido de una de las misivas; le muestran los originales que él enviaba, substraídos del buzón de salida antes de que pudieran llegar a su destino... atónito, Luciano se desploma, balbucea, comienza a sudar. Todo ha sido una farsa, le corroboran, la Directora es ajena al asunto, ni siquiera ha recibido ninguna misiva, mucho menos escrito... les mira con asombro; y es entonces cuando da un fuerte grito, un aullido tan prolongado que hierre el alma de los allí reunidos para, a continuación, levantarse de un salto y comenzar a recoger a manotadas todas las hojas. Después se encierra en su habitación y guarda silencio.

Durante horas y horas los amigos le imploran que les abra. En vano. A través de la persiana echada lo ven sentado ante el escritorio, sumido en apariencia en la lectura. "Está leyendo", dice uno. "Se ha suicidado", exclama otro. "No, fijaos, mueve el brazo". "Está escribiendo su despedida". "Habría que forzar la puerta". "Hemos de entrar como sea". Por fin, cercano ya el alba, Luciano abre una rendija y pide hablar con el señor obispo.

Mandan a buscar al capellán. Por fin, ya ante ambos, capellán y obispo, exhorta a Su Eminencia a que traslade a la Curia toda la correspondencia que ha venido recibiendo desde el convento vecino, con el ruego de que investiguen quién de entre las monjas se ha prestado a este juego licencioso (al capellán casi le da un síncope), juego más propio del mundo seglar que del recogimiento y la oración. Su Eminencia contempla los matasellos de las cartas, todas enviadas con el privilegio que la Orden posee, y ordena que desalojen el cuarto. Ya a solas, resalta Luciano lo conturbado de su ánimo -en el despacho del subdirector, los amiguetes siguen la charla por el interfono abierto, y apenas logran dominar la risa-. Aporta Luciano el borrador de su primera misiva a la directora en la que le solicitaba audiencia, pero guarda, obviamente, las restantes; cuenta las tentaciones del joven Padilla, de qué modo también él fue sintiendo la tentación y cómo, en los momentos de mayor flaqueza, un ángel misterioso vino a insuflarle fuerzas en tan duro trance; ya sabe que la directora, espíritu angelical por lo demás, no debió darle alas a su pupilo, ni enviarle tales misivas: solicita que se le conceda hablar con ella para dar un justo acomodo a esta descarriada; en cuanto a su pupilo... (hay quien sale del antedespacho para no prorrumpir en carcajadas).

La decisión fue drástica, y en nada acorde con lo buscado en esta broma. Desde el mismo despacho llamó Su Eminencia a la directora y, en virtud del voto de obediencia, le solicitó que abandonara la Orden. Y así lo hizo ella. Desde aquel momento vive

clausurada en este ala del hotel, enajenada de todo, mantenida por un donante anónimo. Apenas sale, aunque, en verdad, ¿a dónde iría?. Nuestro anfitrión la visita a diario, yo mismo con bastante frecuencia; de vez en cuando monta estas veladas para solaz de su dama, y ella contempla desde su castidad los anhelos del mundo, las fatigas de la carne..."

"Díme una cosa, Gerard", le fuerzo a confesarlo: "¿tiene algo que ver nuestro anfitrión con aquella historia?; ¿no será él, por malventura, Luciano?"

Gerard da un sorbo largo y se confiesa. "No, Luciano soy yo. Él es Padilla".